

DEL MELANCÓLICO COMO ATRABILIARIO. SEGÚN LAS ANTIGUAS IDEAS GRIEGAS SOBRE LA ENFERMEDAD DE LA MELANCOLÍA

Carlos García Gual

«¿Por qué todos los hombres que han sido geniales, ya sea en filosofía o en política o en poesía o en las artes, parece que fueron melancólicos, e incluso algunos hasta tal punto, que estaban atacados por los desequilibrios producidos por la bilis negra, como cuentan algunas leyendas heroicas, por ejemplo la de Heracles?»

Con esta cuestión se inicia el capítulo XXX de los *Problémata*, tradicionalmente atribuidos al curioso Aristóteles. La crítica más moderna no cree ya, sin embargo, que fuera el mismo filósofo quien redactara este texto misceláneo; prefiere adjudicarle la autoría a un discípulo, acaso no uno de los más profundos investigadores de la escuela peripatética, que habría recogido algunos temas debatidos en el Liceo. Verosímilmente en estos párrafos trató de resumir el libro que Teofrasto, el sucesor del estagirita en la dirección del Liceo y el fino psicólogo que compuso los *Caracteres*, había redactado bajo el título de *Acerca de la melancolía*, según confirma el testimonio de Diógenes Laercio (V, 44).

Que nosotros sepamos, éste es el primer texto en que se insinúa o se postula una relación entre el talante extraordinario de ciertos personajes («hombres geniales», *perittói*) y la afección de la melancolía. Los efectos de esa dolencia, causada por la llamada «bilis negra», la *mélaina cholé*, habían preocupado desde mucho antes a los médicos hipocráticos. La bilis negra fue considerada como un hu-

mor extremadamente dañino, tanto física como psíquicamente, y su predominio en la mezcla humoral se denunciaba como motivo de graves alteraciones del cuerpo y del espíritu.

En los tratados genuinamente hipocráticos, es decir, en los más antiguos de los que componen el llamado *Corpus Hippocraticum*, la «melancolía» es, ante todo, un principio morboso. Luego, a partir del tratado *Sobre la naturaleza del hombre* (tradicionalmente atribuido a Pólibo, yerno de Hipócrates) será designado como melancólico el temperamento en el que predomina la bilis negra. Pero, antes, la *melancholia* es una enfermedad que se define por la colaboración oscura, negruzca, que toma la bilis (de color amarillo verdoso en su estado normal) en un proceso patológico, que tiene unos reflejos físicos y otros psíquicos. Comienza, pues, la melancolía por ser vista como una enfermedad, del cuerpo y del espíritu, para derivar luego a ser uno de los temperamentos típicos, un trazo permanente en el carácter de las personas. Ya en esta segunda etapa se considera la *mélaina cholé* como uno de los cuatro humores básicos del cuerpo (junto a la sangre, la flema, y la bilis amarilla, según la teoría expuesta en *Sobre la naturaleza del hombre*). Deja de ser una variante morbosa de la bilis, que habría variado su coloración en el proceso enfermizo para ennegrecer temporalmente, para constituirse como un humor propio. El melancólico es, en este momento, el individuo en cuya *krásis* o temperamento, resultante de la mezcla de los cuatro humores, predomina la bilis negra.

Esta es la teoría que llega hasta Aristóteles y que desarrolló Teofrasto. El melancólico no es un enfermo, sino un individuo en cuya constitución predomina ese humor sombrío, que lo caracteriza a perpetuidad y que significa una propensión natural hacia una determinada conducta y sensibilidad. Los antiguos médicos establecieron una serie de correspondencias entre los humores y los elementos naturales y las estaciones. La melancolía está ligada, en ese cuadro de relaciones de simpatía, con el otoño y con lo que es frío y seco a la vez.

Resulta un tanto enigmático el origen de ese «humor negro». Los estudiosos del tema se han preguntado por el origen de la *mélanie cholé* (cf. por ejemplo, el documentado estudio de F. KUDLIEN, *Der Beginn des Medizinischen Denkens bei den Griechen*, Zurich, 1967, pp. 66-88). ¿De dónde viene el concepto de esa bilis negra, que nadie ha visto? No parece provenir de un testimonio empírico —aunque cabe la posibilidad de que algunos médicos creyeran ver un

reflejo de la misma en la maligna coloración negruzca de algunos abscesos, vómitos o supuraciones. Es un resto de una creencia muy antigua que atribuye al negro un valor negativo. Y ya hemos indicado que la bilis negra comenzó por ser una variación temporal de la bilis (normalmente de ese amarillo típico llamado «bilioso»), para luego convertirse en una sustancia propia, integrada en el sistema de los cuatro humores por esa tendencia a la sistematización tan característica del pensamiento griego en su conjunto. Sobre una base extremadamente vaga y nada científica se forjó la hipótesis de la influencia temperamental de esa sustancia en un segundo momento del pensamiento hipocrático. (A esta etapa corresponde el tratado *De natura hominis*, que es el punto de partida para la teoría de los cuatro temperamentos elementales, desarrollada con posterioridad y que ya conoce Aristóteles.)

Las referencias a la «bilis negra» como causa de enfermedad son muy antiguas. Aparecen en varios casos de los relatados en *Epidemias* II, IV y VI. *Melancholie* es, en cambio, un término poco usado en el *Corpus Hippocraticum* (sólo cuatro veces aparece en la amplia colección de escritos médicos).

Son muy interesantes los usos del adjetivo y del verbo respectivo en la literatura contemporánea. *Melanchólous* aparece en el verso 573 de las *Traquinias* de Sófocles referido a las flechas «de bilis negra» («envenenadas de negra hiel» según una reciente versión castellana) que Heracles bañó en la sangre de la Hidra de Lerna y que luego utilizó contra el centauro Neso.

El verbo *melancholán* aparece por vez primera en el verso 14 de las *Aves* de Aristófanes y significa algo así como «desvariar, estar chalado o enloquecido». Probablemente Aristófanes utiliza el término, tomado en préstamo de la jerga médica, por encontrarle ciertas resonancias cómicas. Tiene el mismo sentido que el verbo *cholán* «padecer de bilis» y, a partir de ahí, «enloquecer», que se encuentra en su comedia *Nubes*, verso 832. Las *Nubes* es del año 423, las *Aves* del 414 a.C. La palabra *melancholán* fue una innovación de pronto éxito. Encontramos otros ejemplos en Aristófanes (*Asambleístas* 251, *Pluto* 12, 366, 903), en Platón (*Rep.* 573 c9), en Demóstenes (48, 56), en Alexis (*fragm.* 211), y en Menandro (*Samia* 218).

Es interesante subrayar cómo en estos ejemplos que pertenecen ya al habla cotidiana, aunque en un comienzo pudieran tener una relación con el lenguaje de los médicos, queda resaltada la influencia de la bilis negra en el desvarío demente de los «melancólicos». Las

personas que tienen exceso de bilis propenden a manifestaciones violentas, a accesos de furor, a bruscas cóleras. Recuérdese que *chólos* en griego significa tanto «bilis» como «cólera, rencor, arrebató de ira». La bilis negra resulta más fría que la bilis normal, más amarga y reconcentrada, de modo que sus accesos son menos fogosos pero más hondos y perdurables según podemos suponer. El *chólos* está en relación con el coraje y la furia. Recordemos el pasaje famoso de la *Iliada* I, 104-105, en que Agamenón se levanta furioso contra Aquiles:

enfurecido. Y sus entrañas tremendamente negras de cólera se colmaban, y sus ojos se asemejaban al fuego chispeante.

Las entrañas (*phrénes*) se le ponen negras de furor (*méneos... mélainai pímplanto*) al soberano Atrida. Los médicos, que recordaban el famoso pasaje, seguramente veían ahí una referencia a la bilis negra, que se derramaba en torno a las *phrénes* del rey.

Con esta imagen de Agamenón enfurecido podemos intentar el regreso a nuestro texto inicial sobre los melancólicos. Hemos intentado dar el perfil con que esa figura se inscribe en el pensamiento prearistotélico. (Para mayor detalle y precisión en esta perspectiva histórica remitimos a los estudios de W. MÜRI, «Melancholie und schwarze Galle», *Museum Helveticum*, 10, 1953, pp. 29 y ss.; y de H. FLASHAR, *Melancholie und Melancholiker in den medizinischen Theorien der Antike*, Berlín, 1966.)

A partir del *Corpus Hippocraticum* el melancólico va dejando de ser un enfermo para convertirse en un temperamento, casi en un tipo peculiar, que Teofrasto podría haber incluido en sus *Caracteres*. Dominado por el humor sombrío (en las varias acepciones posibles de este término), el melancólico queda sometido a la influencia de ese elemento bilioso que domina en su constitución. Será un individuo díscolo, huraño, propenso a súbitos cambios de ánimo, brusco y sensible. El vocablo castellano «atrabiliario» es una sencilla variante del latino que traduce el griego *meláncholos*. La *bilis atra* es un componente intensamente peligroso, por su inestabilidad y su amargura, en la combinación humoral que condiciona el carácter humano. Lo mismo que hay biliosos y flemáticos, hay melancólicos. Naturalmente hay grados dentro de cada uno de estos tipos, según la mayor o menor intensidad en que el humor dominante en la *crasis* se imponga al resto. Pero el dominio de un humor sobre los otros es siempre un desequilibrio, y el desequilibrio que produce la abundancia de bilis negra es el más peligroso para la salud mental.

Todo esto lo tiene en cuenta Aristóteles, que repetidamente alude a los melancólicos, con una apreciación un tanto ambigua, y también Teofrasto, que escribió *Sobre la melancolía*¹. Aunque no figure entre los nombrados en el texto de *Problémata*, también Agamenón podría haber sido citado, seguramente, como un ejemplo de melancólico, según las versiones épicas y trágicas.

Volvamos al texto de *Problémata* XXX con el que iniciábamos estas notas. En él se ponen ejemplos de personajes melancólicos:

Pues ciertamente aquél (Heracles) parece que fue de ese natural, porque justamente por él llamaron los antiguos «enfermedad sagrada» a las dolencias de los epilépticos. Que, en efecto, él desvarió con que atacó a sus hijos y las llagas que le brotaron antes de su desaparición en el Éta muestran ese frenesí. Pues eso les sobreviene a muchos a causa de la bilis negra. Así aconteció también que a Lisandro el lacedemonio antes de su muerte se le produjeron llagas semejantes. Además están los casos de Ayante y Belerofonte, de los que el primero llegó a enloquecer completamente, y el otro perseguía las soledades, y a propósito de esto así lo describió Homero:

«Luego, una vez que se hizo odioso a todos los dioses, entonces vagaba solitario por la llanura de Aleyo, rumiando su ánimo, procurando evitar las sendas humanas» (*Il.* VI, 200).

Y otros muchos de los héroes mostráronse de carácter semejante a éstos. Entre los de época posterior, Empédocles, Platón y Sócrates, y un montón de otros hombres ilustres lo fueron. Aún más, de los que se dedicaron a la poesía, los más. En muchos de ellos, de tal temperamento (*krasis*) resultan enfermedades para el cuerpo; en otros la naturaleza muestra claramente una tendencia hacia los sufrimientos trágicos. Pues todos, por decirlo en resumen, son así, como ya quedó dicho, por su naturaleza.

De los tres héroes citados, dos, Heracles y Ayante, fueron presa de un frenético furor que los arrastró a un trágico fin. Recordemos las tragedias de Eurípides y de Sófocles sobre uno y otro. Belerofonte es un ejemplo también de exceso de audacia: quiso asaltar el Olimpo montado en su alado corcel y fue rechazado por los dioses. La desesperada búsqueda de la soledad es uno de los trazos típicos de la depresión originada por la melancolía. El predominio de la bilis

¹ Para las citas de Aristóteles, cf. *Et. Nic* 1154b 11 y ss.; 1152 a19, a27; *Et. Eud.* 1203b 1 y ss.; *De div.* 464a 32 y ss.; *De insomn.* 461a 22 y ss.; *De mem.* 453a 19 y ss.; *Magna Mor.* 1203b 1 y ss. He visto citado en un repertorio bibliográfico el libro de C. ANGELINO y E. SALVANESCHI, *Aristotele. La «melancolía» dell'uomo del genio*, Genova, Il Melangolo, 1981; que probablemente trata con más amplitud el tema. Pero no he podido consultarlo para el presente ensayo.

negra puede llevar a excesos de furor y de arrogancia, y puede, en contragolpe, hundir al paciente en un terrible abatimiento y misantropía.

De los humanos ilustres viene evocado en primer lugar el espartano Lisandro, el triunfador en la famosa Guerra del Peloponeso que conoció una gloria incomparable (fue el primer estratega al que se tributaron honores casi divinos) y luego tuvo un declinar trágico y siniestro como otros famosos caudillos de Esparta (sobre él puede leerse la biografía de Plutarco, que enfoca bien esa ascensión y catástrofe vital). Y luego se citan los nombres de tres filósofos. Primero Empédocles, exaltado en su poesía, en su orgullo, en su elevación de miras, con su aire chamánico, y su suicidio en el Etna. Luego Sócrates y Platón. Que Platón fuera melancólico no nos sorprende: el filósofo, tan agudo para la crítica y la poesía, debió ser un temperamento extramadamente sensible y su vida estuvo amargada por graves fracasos (véase su famosa *Carta VII*). Nos resulta más extraño encontrar en esta lista a Sócrates, el paciente y seductor charlatán callejero, un hombre sin notorias pasiones y con ambiciones discretas, ejemplo más bien de permanente *sophrosyne*. Pero tal vez se alude aquí al aspecto más original del filósofo ateniense; a su conexión singular con lo divino, con su *daimon* particular, a sus éxtasis, a su apariencia de tipo extraño y a su personalidad incomparable.

Entre los poetas no se nos da ningún ejemplo, por dar por descontado como algo evidente que casi todos pertenecen a la secta de los melancólicos por naturaleza.

La crisis (mezcla humoral y temperamento) en la que predomina la bilis negra, es decir, la melancolía, se manifiesta en unos casos en dolencias psicosomáticas y en otros parece desembocar en un doloroso destino, «deslizándose hacia los sufrimientos», *répousa pròs tà páthe*.

Para ilustrar los efectos de la bilis negra en los diversos momentos y en los individuos, el autor recurre a una comparación con el vino, que, bebido en abundancia, produce efectos semejantes. En efecto, el mucho vino hace a los hombres «reaccionar como los que decimos que son melancólicos». Pronto los bebedores se muestran «apasionados, amistosos, compasivos, audaces», «charlatanes y decididos», y si siguen bebiendo se hacen «violentos, luego enloquecidos», y en un mayor exceso de bebida quedan convertidos en «locos» (*môroi*), «idiotizados, como los epilépticos desde niños o los que están justamente dominados por la melancolía en exceso».

El vino, como la melancolía, produce efectos diversos, incluso en un mismo individuo, que puede pasar de la euforia a la depresión en el curso de su embriaguez. También el que ha bebido puede mostrar un talento improvisado sorprendente, y aparecer como una persona excepcional por su audacia y su humanidad. «Pero el vino hace a uno genial por breve tiempo, mientras que la naturaleza lo hace para siempre, con tal que sea la propia.»

La razón de esa influencia similar es que el vino, como la bilis, contiene en sí mucho aire, que da al cuerpo nuevos impulsos. Es especialmente «el vino tinto, que es más cálido y tiene más cuerpo», el que ocasiona esas reacciones semejantes a las que produce el predominio de la bilis negra. En ambos casos se desarrollan los apetitos sexuales. Los borrachos, y los melancólicos, son ardorosos en su erotismo. «En fin, con razón se dice que Dioniso y Afrodita andan en compañía, y los melancólicos son en su mayoría libertinos y lúbricos.» Según el autor, «la excitación sexual» está producida por el aire interior, el *pneuma* que tanto el vino (especialmente el tinto) como la bilis negra arrastran en cantidad.

Tras esta comparación entre los efectos del vino con los de la melancolía, volvemos a reflexionar sobre la acción natural de la bilis negra. «En la naturaleza tal humor, el melancólico, está mezclado. Pues tiene una mezcla de calor y de frío. Así que con estos dos ingredientes se constituye su naturaleza, por lo que la bilis negra se presenta unas veces calentísima y otras muy fría.» Según la temperatura que tenga, la bilis produce unos u otros efectos. El entusiasmo, la audacia extrema, el enfurecimiento, provienen de una corriente de bilis cálida; el temor, la depresión, la estupidez y el embotargamiento, de una bilis fría o rápidamente enfriada. Justamente ese enfriamiento de la bilis, cuando es intenso, produce las máximas depresiones, que concluyen con frecuencia en el suicidio. Se vuelve a evocar los efectos de la embriaguez, algunas veces seguida de tremendas depresiones que abocan a los mismos intentos.

Si la bilis fría proporciona torpor y estupidez, y la cálida y abundante lleva al apasionamiento, la locuacidad y la audacia, es evidente que en ambos extremos se ronda lo patológico. La melancolía deriva entonces en enfermedad del cuerpo y del espíritu. Encontramos aquí, sugerida más que rotundamente explícita, la tesis aristotélica de que la virtud está en el medio. El temperamento melancólico que se mantiene sin caer en crisis desencadenadas por un calentamiento excesivo o un enfriamiento extremo, ése es el que caracteriza

al hombre de genio. «En todos aquellos en los que el calor excesivo ha cedido hasta un término medio, estos son melancólicos, pero más sensatos, y menos excéntricos, pero muy sobresalientes en comparación con los demás hombres, los unos en cultura, los otros en las artes, los otros en el terreno político.»

Pero los que tienen muy caldeada su melancolía, si el humor se les apodera del entendimiento pueden caer en raptos de delirio o entusiasmo profético, «como las Sibilas, las bacantes, y los poseídos por la divinidad, que son así, no por enfermedad, sino por un temperamento natural».

El temperamento en cuya mezcla humoral domina la melancolía, es decir, la *melancholikè krâsis*, resulta arriesgado e inestable, porque el excesivo calor o la frigidez pueden conducir el ánimo hacia peligrosos desvaríos, de un signo o de otro. «En las enfermedades hace a los hombres inestables y ella misma es de por sí inestable.» El adjetivo griego *anómalos*, «inestable, desigual, voluble», define la condición del melancólico. Con sus altibajos la melancolía excita o deprime, como el vino en abundancia (o la droga, habría dicho alguien más moderno), en extremo.

En todo individuo hay una dosis de melancolía, puesto que la bilis negra es uno de los humores básicos del organismo. Pero se convierte en peligrosa cuando es predominante y circula en demasía o a temperatura inadecuada por los conductos venosos (por los que en la concepción antigua circulan los humores, cálidos o fríos, densos o ligeros, mezclados con el aire interior, el *pneuma*). Los melancólicos son, de ordinario, enjutos y con las venas muy marcadas en la piel, propenden al malhumor y a los bruscos movimientos de ánimo. Con un temperamento moderado son personas de genio vivo y de grandes capacidades, sobresalientes por su genio. Si enferman por exceso de bilis negra llegan a la locura, la epilepsia y la catalepsia. En especial la bilis negra puede producir dolores en el hipocondrio, por lo que el melancólico es un hipocondríaco muchas veces. (Algún médico, como Rufo de Efeso, insistió en esta relación de la bilis negra y el hipocondrio; aquí se cita de paso. Pero ha dejado su huella en el lenguaje: la «hipocondría», ligada a una aguda sensibilidad y una permanente tristeza, es una dolencia próxima a la melancolía depresiva.)

Es interesante la conexión de la melancolía cálida con el entusiasmo, que también está, en la concepción platónica, cercano a la *mania* que inspira a los poetas y a los adivinos. Tal vez a ello aludía la afirmación de que los poetas solían ser melancólicos.

En cuanto a la epilepsia, es notoria la divergencia de este escrito, de tradición peripatética, respecto al famoso tratado hipocrático *Sobre la enfermedad sagrada*, donde la causa de la epilepsia no es el flujo de la bilis, sino el de la flema, y donde se dice que son los flemáticos los más propensos a esta dolencia.

El calentamiento o el enfriamiento de la bilis negra pueden tener un reflejo distinto según la edad. Los viejos son de temperamento más frío, los jóvenes tienen un mayor calor interno normalmente. «La mezcla de la bilis negra, como se ha dicho, produce desánimos muy variados, al volverse más fría, y, al ser más cálida, una disposición de ánimo mejor. Por eso justamente los niños son más animosos, y los ancianos más desanimados. Pues los unos son cálidos, los otros fríos. Que la vejez es una especie de enfriamiento.» *Euthymía* y *dysthymía* o *athymía* son resultado del calor interno o del enfriamiento. La teoría es bastante simple, y enlaza con algunas tesis del hipocratismo sobre el calor vital que se gasta a lo largo de la vida. La propensión al suicidio de los melancólicos deprimidos puede producirse por un enfriamiento brusco, o bien por la progresiva frialdad que la vejez lleva consigo. También tras el acto sexual la mayoría se sienten deprimidos, porque han sufrido una pérdida de calor vital (aunque hay variaciones según los individuos y sus recursos variables de calor interno).

«En resumen, que por el hecho de ser inestable (*anómalon*) la potencia de la bilis negra, son inestables los melancólicos. Pues ésta se pone muy cálida o muy fría. Y por ser creadora de carácter (pues el calor y el frío son los elementos que más forman el carácter de los que están dentro de nosotros), como el vino que se mezcla en mayor o menor medida en nuestro cuerpo, modifica el carácter nuestro. Ambos abundan en aire, tanto el vino como la bilis negra. Pero ya que es posible también que la anomalía resulte una buena mezcla y que de algún modo sea una feliz combinación, y que a veces se presente una disposición más cálida y luego se haga más fría, o lo contrario, por la presencia de un exceso, todos los melancólicos son gente excepcional, no a causa de enfermedad, sino por su naturaleza.»

La conclusión recoge la afirmación inicial: *perittoì mèn eisi pántes boi melancholikoi, ou dià nóson, allà dià physin*. Y deja clara la afirmación de que la melancolía no es una enfermedad, sino una constitución natural. Una constitución muy interesante porque, como se ha explicado, es un tanto inestable. Se caracteriza por su *anomalía*, en el sentido griego del término. (*Anómalo* es lo que no es llano y

liso, sino que presenta diversas altitudes y una superficie impredecible.) Los melancólicos son gente *distinta y superior* generalmente a los demás humanos, sean flemáticos, biliosos o sanguíneos, o más equilibrados y normales. Son gente poco corriente y un tanto imprevisible. Pueden caer en graves desvaríos, producidos por un exceso de bilis negra, o por la excesiva temperatura del humor negro en ellos dominante. Pero pueden ser los individuos más destacados y geniales, por la viveza de su ánimo, por su inspiración, por su audacia. Un ejemplo que se nos ocurre de melancólico muy característico es el de Alejandro de Macedonia. Desde luego fue un joven de temperamento ardoroso, propenso en algunos momentos a ataques de depresión. Aunque también el vino le inclinaba a sus frecuentes excesos era, sin duda, su propio temperamento melancólico el que le guiaba en su desenfrenada carrera hacia la gloria. El melancólico está destinado al triunfo, a veces, y a la catástrofe trágica otras.

Esta es la concepción helénica más atractiva de la melancolía, que Cicerón y otros (Séneca, Plutarco, Aulo Gelio) recordarán como aristotélica. «*Aristoteles quidem ait omnes ingeniosos melancholicos esse*», dice Cicerón (*Tuscul.* I, 80). Y esta versión, que como hemos visto tiene un trasfondo médico muy antiguo, y que aquí aparece cargada de una valoración positiva, pasará como un tópico memorable a la literatura posterior.